

tinguieron de un modo muy especial los designados con los números 11 y 12 que dejaron sobre el campo un tanto por ciento colosal de bajas. Sólo en el momento en que las 24 piezas rusas fueron atacadas y envueltas por fuerzas japonesas cinco veces mayores, empezó el general ruso la retirada con las tropas de infantería que se conservaban todavía intactas. Bien claramente se propuso el enemigo, desde el principio, envolver el flanco izquierdo de la división rusa; pero este intento le resultó fallido.

Nadie niega ya que el número de bajas de las tropas rusas ascendió á un 25 ó 30 por ciento de su fuerza total 2.500 hombres; pero nadie presta fe á los partes japoneses en los que se afirma que las bajas de su ejército no pasaron de 1.500 á 1.600 hombres. Hoy se sabe de un modo auténtico que este número fué tres veces mayor; unos 5.000 hombres.

Estos resultados infunden á los rusos gran confianza en los que obtendrán de la batalla general que parece inminente. ¿Cuándo y dónde se dará esta batalla? El general Kuropatkin goza fama de caudillo que no se deja imponer por nadie y por nada. Con admirable sangre fría y una tenacidad inquebrantable se ha sostenido en el extremo Sur de la Mandchuria cuando la situación ofrecía tantos peligros para el ejército ruso. Ahora, á pesar de que cada día mejoran las condiciones del grueso del ejército ruso, no empeñará la batalla decisiva hasta que esté bien seguro de que los riesgos quedan reducidos á su expresión más mínima y se prometa de la victoria resultados de verdadera transcendencia. Napoleón en tales circunstancias no hubiera vacilado en ceder terreno, pues ¿qué significa la pérdida de algunas leguas cuadradas de territorio en comparación con la derrota segura del enemigo?

(De una correspondencia del coronel Gädke al *Berliner Tageblatt*).

EL TORPEDO Y EL SUBMARINO

Ni los formidables cañones de costa, ni las monstruosas máquinas de guerra que se llaman acorazados de combate, han causado hasta ahora serios quebrantos á las flotas rusas y japonesas. Demasiado costosos aquellos barcos, y de construcción larga y difi-

cil, los almirantes han tenido buen cuidado en no ponerlos bajo el fuego eficaz de los cañones de Port-Arthur, así como el de no aceptar combate naval á menos de estar en la relación de cuatro contra uno, motivo más que sobrado para que el combate no haya tenido lugar, porque en tales condiciones no le convenía entablarlo al otro contendiente.

En vista de todo esto se pregunta la gente, con un fondo de razón: ¿para qué servirán los colosales acorazados, sino para espantarse mutuamente, sin llegar nunca á las manos, y hundirse en el abismo, sepultando bajo las olas centenares de vidas y tesoros incalculables?

El torpedo, el infimo torpedo, reina y gobierna en los mares del Oriente, desbaratando planes, reduciendo á la impotencia los esfuerzos de las escuadras, anulando el valor, la audacia y el talento, y destruyendo uno tras otro los barcos maravillosos que fueron un tiempo orgullo de las naciones respectivas.

Y cuenta que no tiene aun el torpedo el concurso del que va á ser su amigo y compañero inseparable. Proyectil artero, invisible y traidor, necesita de un barco que posea las mismas funestas cualidades; dígame lo que se quiera, este barco, el submarino, no ha hecho aun su aparición en el teatro de la guerra; pero la hará, sino en esta campaña, en la próxima que sobrevenga, brindándonos el espectáculo de ver cómo desaparecen en un momento las escuadras de que se valen las naciones más fuertes para intimidar á las débiles. *¡Sic transit gloria mundi!*

Los torpedos automóviles actuales efectúan un recorrido de 2.500 metros en línea recta, á una velocidad de unos 45 kilómetros por hora, siendo curioso el hecho de que en los modelos más recientes—á los que se contraen aquellos datos—esa velocidad es bastante menor que en la de los menos perfeccionados, que salían del tubo á una velocidad de 55 á 60 kilómetros. Recorriendo el torpedo 45 kilómetros en una hora, ó sean doce metros y medio por segundo, se deduce que si se le dispara contra un barco situado á 2.000 metros de distancia, invertirá en llegar á él dos minutos cuarenta segundos; y como en un combate naval los barcos no se mantienen parados, sino

en marcha, la futura víctima, aunque sólo esté animada de una velocidad de 10 kilómetros por hora, habrá recorrido 650 metros, distancia que podrá aumentar ó disminuir, combinando esta maniobra con un cambio de dirección, si se da cuenta del disparo del barco enemigo. Compréndese, pues, fácilmente, lo improbable que es hacer blanco á una separación de 2.000 metros.

Para remediar este inconveniente, que despoja de casi toda su eficacia al torpedo, conviene: 1.º disminuir la distancia; 2.º emplear exclusivamente los tubos lanza-torpedos sumergidos, ó debajo de la línea de flotación. La colocación de los tubos inferiormente al nivel del agua, se va generalizando cada vez más, habiendo dado el ejemplo Alemania, cuyos buques de guerra tienen sumergidos los tubos lanza-torpedos, transformándose en otros de esta clase los pocos que sobre el nivel del agua poseen algunos barcos.

Pero no basta, porque, según hemos visto, el movimiento de traslación de los barcos enemigos, y el balanceo del que ataca, quita casi todas las probabilidades de acierto al disparo. Se impone el acortar la distancia á que se entable la lucha por medio del torpedo, más entonces se cae en otro inconveniente más grave.

En efecto, los acorazados y grandes cruceros sólo por excepción podrán hacer uso del torpedo; porque la potencia de sus piezas de artillería es tal, que á menos de tres mil metros ó sea fuera de la zona peligrosa dominada por el torpedo, el tiro de las piezas de grueso calibre expondría á una destrucción casi segura, y á este precio, no hay almirante que quiera comprar la ventaja de echar á pique al enemigo. Para que el sacrificio sea provechoso, es preciso que el barco que torpedea, á riesgo de ser hundido, tenga mucho menos porte que el torpedeado, es decir, es necesario valerse de los torpederos y á lo sumo de los destructores. Son tan débiles y tan frágiles esos barcos, cuyo interior lo ocupan en totalidad ó poco menos, las calderas y las máquinas, que el choque de un proyectil de mediano y aun de pequeño calibre basta para echarlos á pique; de suerte que si se acercan á un acorazado ó á un crucero á 2.000 metros ó menos, tendrán 99 probabilidades contra una de pere-

cer en la demanda, por mucho que fueren su velocidad.

Resulta de lo anterior, que el torpedero, ó sea el barco cuyo principal objeto es lanzar torpedos, no puede realizar su misión, sino exponiéndose á ser destruido antes de haber hecho uso de sus especiales proyectiles; lo que justifica la escasa intervención que los torpederos y destructores tienen en los combates navales reñidos á la luz del día, y que en cambio se prevalgan de la obscuridad de las noches y de los tiempos tormentosos para acercarse impunemente á su presa. Aun entonces las redes de acero Bullivant que el barco despliega al rededor de todo su perímetro, pueden detener el torpedo antes de que llegue al casco, y destruir su eficacia.

En el momento actual por consiguiente estamos en un periodo de evolución, de transición: si llega á sacarse todo el partido posible del torpedo, no tendrán razón de ser los enormes acorazados; pero si del torpedo sólo pudiera esperarse lo que de él se obtiene ahora, los torpederos y destructores quedarían relegados á la defensa de los puertos y bases marítimas.

La aparición del submarino parece que va á inclinar la balanza en el primero de los dos sentidos expresados, sobre todo, si, como se practica en la mayor parte de los submarinos que ahora se construyen, se substituye la visión artificial bajo el agua, por la visión directa. A este efecto, de la cubierta del submarino arranca un tubo cilíndrico ó periscopio, cuya parte superior puede quedar sobre las aguas, en tanto que el resto del submarino queda oculto en el mar; el oficial, asomado al periscopio, observa por sí mismo la situación y movimientos del barco enemigo y determina el momento oportuno para disparar el torpedo, sin el intermedio de reflectores y espejos combinados que desvirtúan siempre, poco ó mucho, la apreciación exacta del objeto visto. El extremo de un cilindro que mide menos de un metro de diámetro y que sólo sobresale algunos decímetros del agua, es completamente invisible á 1.500 ó 2.000 metros, y mucho menos en medio de las olas del mar, cuyos cambiantes de color y forma lo disimulan por completo.

Durante la noche, el submarino puede acercarse apenas sin riesgo al más poderoso



Ataque de la infantería japonesa en la batalla de Kin-chew

acorazado; y en caso de necesidad, aun de día, una vez asegurado de la situación del enemigo, nada se opone á que el submarino desaparezca en totalidad bajo las olas y se acerque á cortísima distancia de su víctima. El proyectil disparado por él herirá al barco en los elementos inferiores de su quilla, donde es más débil, sin que las redes protectoras, ni otro ingenio, detengan el torpedo.

Los submarinos actuales no son barcos susceptibles de navegación de altura; pero á ello se llegará más ó menos pronto; y entonces, con su terrible camarada el torpedo, habrá dado al traste con el poder marítimo —tal como ahora se entiende—de las grandes potencias, las cuales se verán obligadas á recurrir á otros medios para infundir espanto á las más pobres.

Mr. Alan H. Burgoyne, en una conferencia que dió el 8 de Junio en la «Royal United Service Institution», de Londres, manifestó su convicción de que pronto tendría lugar una verdadera revolución en el programa de las construcciones navales. Opina que en breve aumentará el tamaño de los submarinos y que su tonelaje se medirá por miles de toneladas, se llegará á una velocidad de 25 millas, por lo menos, sobre el



General Zassulitch,
relevado después de la batalla de Kiu-lieng-cheng

agua, y llevarán cuatro á seis tubos lanza-torpedos, y otros tantos cañones de pequeño calibre; una coraza de grande espesor pon-

drá el submarino á prueba de los proyectiles enemigos; y para dotar á esos barcos de todas las condiciones de seguridad apeteci-



General Keller
que ha reemplazado al general Zassulitch
en el mando del II cuerpo de ejército

bles, se les proveerá de botes insubmersibles, que se pueden destacar fácilmente del casco.

El día en que esto suceda, se habrán acabado los acorazados y los cruceros; y la guerra naval se convertirá en submarítima; todas las operaciones tenderán con preferencia á destruir los barcos mercantes enemigos y arruinar el comercio del adversario. Pero antes, esperemos que los ingleses, después de haber construido más submarinos que todas las demás naciones juntas, declaren á la faz del mundo que esas nuevas máquinas de guerra no sirven para nada, y que se impone el aumento en el número de grandes acorazados y cruceros.

J. B. y L.

PROYECTILES VIVIENTES

En uno de los periódicos indígenas de Colombo, titulado el *Sarasavisandaresa*, apareció hace poco tiempo esta noticia:

«El sultán, enterado de la guerra entre Rusia y el Japón, envió á su íntimo amigo el monarca japonés una compañía de soldados armados de espadas (swordsmen), cada uno de los cuales, con la espada en la ma-

no, sale disparado de la boca de un cañón, como si fuera una granada. Al llegar á las filas enemigas, estos soldados producen una gran carnicería entre los rusos aterrorizados. Estos espadachines combaten ahora al lado de los japoneses, y ganan muchas batallas».

Linda manera de que arraigue en los indios la antipatía que sus señores sienten por los rusos; pero ¿han reflexionado los ingleses en el peligro de que los indígenas miren á los amarillos como una raza superior?

CRÓNICA DE LA GUERRA

Batalla de Wa-fang-hu. (14 y 15 de Junio).—El 11 de Junio, el ejército del general Oku, fuerte de dos divisiones partió de la línea Pu-lan-tien-Pi-tse-wo encaminándose al N. El ala izquierda marchó por la carretera, la derecha siguió el valle del Tassako y el centro avanzó por la vía férrea; la caballería salió de Pi-tse-wo. La división rusa del general Gerngross, del primer cuerpo de ejército, se mantenía en Wa-fang-hu, con la brigada Harkevitch cubriendo las avenidas que se dirigen al S.; avanzadas de caballería exploraban los caminos y los valles hasta cerca de Pu-lian-tien.

El día 14, el ala izquierda japonesa llegó á Nachialing, y el centro y la derecha, ya en contacto, alcanzaron la línea que va de Chia-chia-tung á Tapingkau. Una parte de la caballería se corrió á la izquierda. Según los informes recogidos por los rusos á primera hora del día 14, una división japonesa—nótese bien—seguía el valle del Tassako, siendo menos numerosas las columnas del centro y de la izquierda.

La división Gerngross había tomado posiciones siete kilómetros al S: de la estación de Wa-fang-hu, apoyándose en una línea de colinas cruzadas en el centro por un estrecho y arenoso valle.

A las tres de la tarde, la artillería japonesa rompió el fuego y poco después espesas líneas de tiradores avanzaron contra el flanco izquierdo ruso, extendiéndose en seguida la lucha á todo el frente. A pesar de la superioridad de la artillería japonesa, el defensor se mantuvo con firmeza en sus posiciones, suspendiéndose el combate al llegar la noche, sin que el atacante realizara serios progresos. Todo parecía indicar que al siguiente día los japoneses renovarían sus esfuerzos contra el ala izquierda, por la cual casi toda otra brigada que había acudido al campo de batalla durante la noche, se concentró en la izquierda; algunas sotnias de cosacos fueron enviadas á la derecha, en previsión de que el enemigo

intentase desbordar por este lado la posición rusa.

Al amanecer el día 15, sin embargo, los japoneses habían variado por completo su plan de ataque. Fuerzas llegadas durante la noche, y cuyo efectivo no se ha hecho público, pero que debía ser por lo menos el de una brigada, así como casi toda la caballería y el principal núcleo de artillería, se prepararon á envolver la derecha rusa.

El ataque dió comienzo por el centro; quebrantada la artillería rusa por la contraria, una fuerte columna avanzó á lo largo de la vía férrea y desembocó en el valle y en el terreno ondulado que se extiende más al E. La caballería rusa situada en la extrema derecha descubrió gruesas masas enemigas que adelantaban á través de los bosques de aquella parte, haciendo fuego á cubierto detrás de los árboles; esa caballería se retiró al galope y se estableció cerca del valle, á espaldas de una colina. Avisado el general Stackelberg, comandante del primer cuerpo de ejército ruso, que dirigía la batalla, hizo avanzar dos batallones que tenía en reserva, á fin de detener el movimiento del enemigo, que amenazaba hacer fracasar el que intentaban los rusos.

Quebrantada, en efecto, la derecha japonesa por el combate del día anterior, y reforzada la izquierda rusa en la noche del 14 al 15; el general Stackelberg proyectó un movimiento envolvente con objeto de arrojar hacia la costa al ejército japonés. A las seis y media los rusos tomaron la ofensiva, consiguiendo que retrocediera la derecha japonesa; pero como el centro enemigo había avanzado desde primera hora, pronto quedó amenazada la columna de ataque y fué preciso ordenar que también el centro acometiera á los japoneses. Dos batallones de infantería desde las alturas, con la bayoneta armada, y la caballería al galope de carga entraron en el valle, donde se desarrolló el episodio más sangriento: las líneas de tiradores japoneses retrocedieron, á la vez que la artillería ocupaba una posición más baja, y barridos los rusos por un formidable fuego de cañón hubieron de replegarse á sus anteriores posiciones. En este momento, las ocho de la mañana el combate se presentaba indeciso: la izquierda rusa había obtenido algunas ventajas, se mantenía el centro, y las reservas, aunque penosamente, sostenían el empuje de la izquierda japonesa; no obstante, la artillería del ataque se manifestaba ya muy superior á la del general Stackelberg.

Entre tanto seguían afluyendo refuerzos á los dos ejércitos. Los que llegaban á los rusos marchaban al extremo derecho, donde por momentos se hacía más difícil rechazar al atacante. A las diez, se presentó en esta parte del campo de batalla otra brigada japonesa con alguna caballería y

una batería de artillería, y completamente envuelta la derecha rusa hubo de batirse en retirada. Para dar tiempo á que las demás fuerzas evacuasen sus posiciones, el general Stackelberg echó mano de sus últimas reservas y dispuso que la caballería se aprestase á cargar. Desde dicha hora hasta las dos de la tarde se desarrolló un combate furioso y encarnizado, en que las tropas rusas hubieron de desplegar todo su valor para repeler los enérgicos ataques de los japoneses, que amenazaban apoderarse de la estación. Por la carretera y también aprovechando los trenes que habían condu-

Muy superiores en fuerzas los japoneses, no lograron empero la victoria valiéndose únicamente de esta superioridad. Por primera vez en esta guerra han demostrado aquellos generales saber emplear en el campo de batalla grandes masas de combatientes; no se recurrió á los ataques en orden cerrado y constantemente la artillería cumplió á maravilla su papel, contrabatiendo á la enemiga durante el periodo preparatorio, y concentrando su fuego, á corta distancia, contra las columnas rusas que cometieron el acto de arrojo suicida de lanzarse á la bayoneta los infantes y al galope



Caricatura de un periódico ruso:
Porvenir de los niños impertinentes y mal educados

cido los refuerzos, se retiraron los rusos bajo el fuego de la artillería enemiga, pero, como en las batallas precedentes, sin ser molestados por la caballería.

Aunque á última hora se habían reunido 32 batallones, en realidad tomaron parte en la batalla veinticuatro, batiéndose contra tres divisiones japonesas. La desproporción de artillería aun fué mayor, pues contando el defensor dieciséis cañones, de los que fueron inutilizados y abandonados trece, puso el atacante más de cien en línea; las baterías de montaña japonesas prestaron excelentes servicios, notándose que el material ruso era demasiado pesado para el terreno en que hubo de maniobrar. No se han revelado al público las bajas sufridas por los dos ejércitos pero debieron exceder de 3.000 hombres en cada bando.

los jinetes, contra la infantería japonesa apoyada por una masa imponente de artillería. El movimiento envolvente contra la derecha rusa, ejecutado á gran distancia del campo de batalla, y aprovechando la tupida vegetación y los accidentes del terreno para ocultarlo al enemigo, fué una operación muy hábil y muy bien ejecutada.

Háse demostrado también en esta batalla que las cargas de los cosacos no impresionan como al principio de la guerra. Indudablemente el buen espíritu de los japoneses y su confianza en sí mismos se han realizado en los últimos meses. No obstante, su caballería se muestra aun torpe y pesada, y dejó retirar á los rusos sin destrozar la retaguardia.

Crucero de la división naval de Wladivostock. (13 al 18 de Junio).—Los tres cru-